

los vencidos. Describíase a Bird vuelto al Agapemon del brazo con su hija de la Resurrección, ó bien navegando de nuevo hacia América, con el fin de llevar allí sus *constantas convicciones*, y publicar nuevos "revivals" de metodistas saltantes; la mistress Bird, caída de confesora, era una simple "barkeresa" iba á gatas y maullaba á su marido. Hastiada Julia de tales simplezas, que no creía muy decentes delante de las niñas acabó diciendo: — Sostengo que los ministros metodistas "jumpers," los "barkers," los "jerkers" y los restantes son, despnes de todo, lógicos, lo mismo que el más ritualista "archidiácono" de Oxford, ó el más puritano arzobispo de York.

— ¡Qué exageración! gritaron de todas partes. ¡Qué paradoja!

Julia se alegró de haber desviado la conversación, que por entonces no pasó adelante. Mistress Needle pensaba ya en las fiestas de la mayor edad de su John. Libre del afán que le causára la capilla independiente, poco se curaba de inquirir si Julia sabría ó no defender su paradoja.

LXV.

LA MAYOR EDAD.

La victoria campal y definitiva contra la rebelión extranjera no llevó tregua de ningún género á la lucha civil que abiertamente ardía en casa de la Needle. No podía la señora ¡infeliz victoriosa! negar lo que le contaban incesantemente sus ojos, á saber: que la actitud de John ponía en evidencia que sólo conservaba de anglicano un sutil velo exterior, á través del cual aparecía el corazón católico, ó á lo menos puseista excesivo. La paz, por consiguiante, heía del espíritu de la mujer angustiada. En vano veía su templo rehaciéndose algo con los despojos de la capilla inde-

pendiente, y á muchos de los fautores de Bird volver á marchar por la senda antigua: ¿qué hincapié podía hacer en fieles tan volubles, que pasaban de una iglesia á otra tan fácilmente? Desvanecida, pues, la primera jactancia del triunfo, no tardó en caer de nuevo en tan profunda melancolía. Por otra parte, ¿quién podía saber qué partido abrazaría John á su mayor edad? Separado de su madre y de sus hermanas en materia de sentimientos religiosos, ¿no quería también vivir en otra casa?

¡Cuán lejos de la verdad vagaba, sin embargo, mistress Needle! Al acercarse John á las nuevas ideas, no había disminuido un ápice el efecto extraordinario á su madre, por más que no supiera manifestarlo demasadamente. Conocía muy bien el corazón tierno de aquella infeliz, que por él se abrasaba, por lo cual no atribuía las disensiones á despecho, sino á sus preocupaciones protestantes, á su delicada conciencia y á sus escrúpulos mujeriegos, que suscitaban frecuentemente la compasión, el enfado algunas veces, y el desdén nunca. Por el contrario, mientras se acercaba el día de la fiesta solemne, iba madurando ciertos designios tan honrosos para su madre óptima, que no podían ima-

ginarse mejores. Como callaba, ella suponía lo peor, interpretando el silencio casi como amenaza.

Un ligerísimo accidente contribuyó á aumentar sus sospechas. Estaba mistress Needle en medio de los obreros que trabajaban en una de las alas del castillo. Sabiéndolo John, la ponían como nueva, con el fin de disponer elegantes habitaciones separadas. Se presentó allí un día, y le dijo su madre súbitamente:—¿Qué te parece? ¿Te gusta?

John, dignándose apenas mirar distraídamente los estucos, los dorados y los preciosos muebles, respondió:—Está bien todo. Claro es que necesito una habitación decorosa por si debo recibir alguna vez. Gracias, madre mía por cuanto haceis en favor mío. Mas, sabedlo, no quiero perder la paz que me dan mis libros y las antigallas que tengo en mis estantes. ¿Teneis algún designio relativamente á las estancias que ocupo?

—No: sigue donde te parezca y te plazca; no me incomodas poco ni mucho.

—Quedamos, pues, entendidos: no me moveré de allí, á lo menos por ahora.—

Estas sencillas palabras de John parecieron misteriosas á su madre.—¿Será que

no quiere seguir con nosotras, y que no le acomoda mudar aquí de habitaciones, por el gusto de trasladarse después á la casa de Londres . . . ? ¡Quién sabe lo que trató con sus abogados en aquellas largas entrevistas de los días anteriores!—No obstante la oscuridad de los planes de su hijo, la ceremonia fué muy tranquila. John entró con las fórmulas legales en su mayor edad y en todos sus derechos, con mucho mayor garbo y desenvoltura de lo que podía esperarse de su índole poco tratable. En la reunión celebrada con los arrendatarios para celebrar el fausto acontecimiento se mostró cortés y dueño de sí. Regaló camisas y chupas á sus dependientes, según el consejo de su madre, pronunciando un discurso breve, pero noble, que podía compendiarse así: “Mi madre siempre cuidó de mis cosas, sin que ninguno de vosotros tuviera motivos de queja. Debeis por el contrario, reconocer que fuisteis constantemente tratados con humanidad y afecto. Pláceme, por consiguiente, que de aquí en adelante nadie se mude. Recomiendo á mis agentes la justicia y la moderación; á vosotros la lealtad y la buena fe. Así estaré yo contento de vosotros, y vosotros de mí.”

Como gustó á la madre la peroración respetuosa del hijo, gustó al hijo lo hecho por la madre, que había hecho poner diligentemente muy en orden los registros y los papeles todos, de manera que á simple vista se pudiera examinar la administración del patrimonio desde que falleció el señor Needle, y el estado corriente reducido á nítidos resúmenes, en los cuales aparecía el haber de John, el de sus hermanas, y el de ella misma. Aprobóse por cuantos tuvieron noticia de su obra, más no bastaba esto ni remotamente para asegurar á mistress Needle en punto á las futuras intenciones de su hijo. Cayó enteramente todo velo y desvaneciése toda duda cuando, puesto efectivamente el joven en posesión de lo suyo y terminadas las fiestas, entró una mañana en las habitaciones de mistress Needle diciendo:—Madre mía, ¿teneis un cuarto de hora para mí?

—Siempre, John; aunque quieras todo el día.

—Bueno: pongámonos de acuerdo, si os place.

—Oigamos.

—En los días anteriores, comencé á decir John, me informé cuidadosamente de mis obligaciones y de mis derechos. Bien

considerado todo, y después de pedir consejo á los amigos de la casa, el mejor uso que podría yo hacer de mi nuevo estado sería suplicaros un favor

—Lo que yo pueda

—Que continueis haciendo lo mismo que hasta hoy, como si estuviera en las Indias, y como si tuvieses poder mio para administrar el patrimonio.

—No tengo ni puedo tener la menor dificultad, respondió la buena madre. ¡Considera si lo que hice hasta el día lo podré hacer mañana por tí! Todo está en que así te acomode. Ahora bien. Debo hablar como madre; la cosa no te conviene. ¡Juzgas buen sistema para que tus intereses progresen, ahora que has venido á ser jefe de la familia, continuar así, desentendido de todo, desconociendo lo que se cuida en tu nombre?

—No temais; en los días anteriores he conocido bastante mis asuntos, y sé ya demasiadamente; he comprendido que no estoy cortado para ser un buen administrador, y juzgo prudente no hacer lo que haría de seguro muy mal.

—Convengo. Mas lo que no sepas hoy, lo sabrás mañana; haciendo las cosas se aprenden. No te faltan consejeros, aun ol-

vidando á tu madre, que te puede dar instrucciones cuando sea preciso. ¡No quieres de ningún modo ver la cara á tus negocios? ¡No quieres firmar los contratos, los recibos; los arrendamientos . . . ?

—El procurador tomará órdenes de vos: cuando sea necesaria mi firma, la pondré.—

Mistress Needle quedó contenta sólo á medias por tal acuerdo. Hubiérale gustado que su hijo le dejase un poco de autoridad en sus cosas, y que siguiese sus indicaciones; pero su ideal hubiera sido que tomara la suprema dirección de su hacienda. John, por el contrario, no vacilaba en dar á entender que no quería de ningún modo enténderselas personalmente con los mayordomos, con los tenedores de libros y con los secretarios.

—No soy eterna, le decía su madre: si llegase á morir, deberías cuidar de tus intereses y de los de tus hermanas

—Es la más fea suposición posible, que no hago nunca. ¡Cómo? Estais, por fortuna, llena de salud y de fuerzas. Ciertas cosas ni suponerlas.

—Bueno; hagamos una hipótesis más soportable. Te convendrá un día ú otro salir de pupilo, si quereis tener una compañera,

y tomar en el mundo el estado que te compete por tu nacimiento y tu fortuna.

—He pensado en esto también, dijo John firmemente; no he decidido no cuidar nunca de mis intereses; pero por ahora no. Tampoco he jurado no casarme jamás; pero pronto no; no de veras. Leí en un autor viejo que la cosa se debe pensar toda la vida.

—Para casarse en el cielo, dijo su madre interrumpiéndole.

—Quiero decir que no hay prisa.

—Ni yo, repuso su madre, tengo afán de verte acompañado: sólo te haré considerar que antes ó después será preciso que cuides de tu fortuna, conviniendo que desde ahora te ocuparas en el manejo de tus asuntos.

—Quedamos, pues, convenidos, añadió John; reflexionaré lo que debo hacer, conservando en el ínterin mi libertad según la entiendo. ¡Qué quereis! Mi gusto me compele ahora de un modo irresistible á terminar ciertos estudios, de los cuales no puedo sufrir que me desvíen.

Mistress Needle debió contentarse, por buena compostura, con estas disposiciones de su hijo, esperando mejor cosa para el porvenir. No se le ocurrió qué género de

estudio le tendría profundamente fijo y absorto, hasta el punto de negarse á prescindir de ellos, ni aun para ejercer el pleno dominio que le concedían la edad y la ley. Lo atribuyó á su irresolución, más que á su amor á la ciencia. En el castillo el gran acontecimiento, que pareció cambiaría todas las condiciones internas de la familia Needle, y habíalas en realidad cambiado por lo que hace el derecho, venía á ser apenas sensible; solo John recibía diariamente al administrador general, escuchaba sus relaciones é informábase detalladamente de lo hecho y de lo que hacerse debía. He aquí casi la única disposición que daba: "Tomad órdenes de mi madre"